



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 27 (2021)

Javier HERRERO (2020), *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Ciencias Sociales), 528 pp. Estudio preliminar de Josep Escrig Rosa y Encarna García Moneris.



Ni tan española, ni tan tradicional. La meticulosa reconstrucción de los precursores, las intervenciones, y el legado de la contrarrevolución cultural española, iniciada inmediatamente después del estallido de la Revolución Francesa, que realizó hace medio siglo Javier Herrero, arroja resultados sorprendentes. Publicado por la mítica editorial *Cuadernos para el Diálogo* en 1971, animado por Elías Díaz, el libro de Herrero constituyó un síntoma de la existencia de una corriente que, bajo la recia censura franquista, se disponía a problematizar las bases ideológicas de las que decía beber el régimen del 18 de julio.

Que la autoría corriera a cargo de un exiliado tampoco fue casualidad. Alejado de su tierra y que, como dijo otro desterado como José Joaquín de Mora, Herrero viviera «fuera de su centro», quizá facilitó trazar aquellas líneas genealógicas con renglones torcidos. El libro demuestra que la defensa violenta de la patria hispana en peligro encontró inspiración en París y no en Salamanca, y que los autores clásicos de la contrarrevolución española dialogaron más con el abate Barruel que con el padre Mariana. Ahora bien, los filósofos rancios hicieron todo lo posible para que su prosa ocultara ese pecado original y en sus textos abundan las referencias a una nada caprichosa selección de autores que se presentan como promotores de la tradición hispánica.

Herrero, sin embargo, se empeñó en hacer uso de sus dotes hermenéuticas y literarias para desvelar la novedad y el carácter foráneo de las principales argumentaciones empleadas por los Ceballos, Alvarado, Capmany y compañía. La escuela tradicionalista española tomó prestados de la francesa tanto el enfoque como los objetivos, afirma Herrero. Haciendo una lectura meticulosa de los principales campeones de la tradición que agitaron las imprentas en las dos primeras décadas del siglo XIX, el autor dio un armazón triádico a su obra y delineó sus ejes argumentativos fundamentales siguiendo una clara intención polémica.

El contenido del libro aborda sucesivamente los elementos fundantes, la construcción y la difusión del llamo «mito reaccionario», construido en respuesta a las amenazas percibidas en los círculos ultramontanos y antirregalistas a finales del siglo XVIII. Herrero demuestra con solvencia que la masonería, la moderna filosofía y el jansenismo eran percibidos como las fuentes heterodoxas con mayor potencial disolvente de las creencias e instituciones primigenias de la Monarquía Católica. En un mundo sacralizado, como hace tiempo destacara José María Portillo, las líneas de fractura entre teología, por un lado, y teoría y economía políticas, por otro, no dejaban de ser tenues y, en la práctica, apenas existentes. Por ello, los defensores de aquel cuerpo de monarquía asediado por un número creciente de enemigos denunciaron primero la heterodoxia religiosa para, después y con mayor eficacia, desactivar el potencial revolucionario de la innovación cívico-política. La identificación del hereje con el revolucionario, y del pecado con el delito, sin embargo, no era nada novedosa en un universo donde la teología política católica recobraba nuevos bríos. Los apologistas de la España inveterada que empezaban a diseñar en sus escritos supieron combinar las estrategias argumentativas de un tardoescolasticismo redivivo con las modernas críticas al pensamiento ilustrado.

A la altura de 1808, cuando la obra del conquinense Lorenzo Hervás y Panduro alcanzó mayor reconocimiento, la masonería ya llevaba varias décadas recorriendo Europa y se la había presentado como un fantasma que buscaba sacudir los tronos y profanar el santuario. El Papado la había condenado en diversas encíclicas, y su membresía y objetivos se identificaban con los revoltosos que perseguían trastornar el orden heredado. Por otra parte, la llamada moderna filosofía o pensamiento ilustrado, con sus matices racionalistas, iusnaturalistas y económico-políticos, planteaba un reto diferente a la Europa católica. Tanto los Borbones que ocupaban los tronos en París, Madrid y Nápoles; como los Habsburgo en Viena, habían delegado su autoridad en manos de ministros reformistas que habían soslayado los privilegios eclesiásticos con el fin de afirmar y expandir la autoridad de los tronos. Las revoluciones estadounidense y francesa, según sus críticos más acervos, no dejaban de ser consecuencia de sus erradas premisas. Por lo tanto, la defensa del Altar y el Trono pasaba por el abandono previo del compromiso reformista adquirido por los gobernantes, y la restauración del poder omnímodo y sin cortapisas de las testas coronadas. El ataque al jansenismo, por otra parte, adquirió ciertos aires de pelea doméstica donde derrotar al enemigo interno se convirtió en la clave para poder triunfar contra los oponentes externos. Visto como la punta de lanza teológica del reformismo herético y sectario, el jansenismo se identificó con el regalismo, con la crisis de la fe verdadera, e incluso con el protestantismo. Con ello, los tradicionalistas ibéricos no dejaban de adaptar al entorno local las diatribas lanzadas por sus antecesores franceses en su lucha contra el galicanismo.

La nueva edición de esta obra imprescindible ha corrido a cargo de dos destacados expertos de la Universidad de Valencia como lo son Josep Escrig y Encarna García Monerris, que proponen valiosas claves de lectura tanto en el estudio preliminar como en la entrevista que realizaron a Javier Herrero. Ambos textos resultan de gran utilidad para

conocer mejor al autor de una obra que tampoco ha estado libre de críticas. Una de las primeras reseñas que se publicaron en revistas académicas apareció en la *Revista de estudios políticos* en 1972. El jurista Vladimir Lamsdorff Galagane se ensañó sin miramientos con la obra de Herrero, acusándolo de tergiversar los datos, ignorar a los expertos en el siglo XVIII, y desconocer la presencia de la abundante obra en castellano que desde inicios de siglo había denunciado las supuestas fechorías de masones, ilustrados y jansenistas. Lamsdorff desacreditó a Herrero por atribuir a la escuela tradicional, que no tradicionalista, el carácter novedoso e internacional de sus postulados. Ya fuera por omisión o por desconocimiento, su interpretación resultaba falaz, y «en ninguno de los dos casos valía la pena escribir un libro para demostrarla».

El encono y el ángulo ideológico adoptado por Lamsdorff no alcanzaron su objetivo. La obra de Herrero fue reeditada por Alianza Editorial en 2008 y ahora por las prestigiosas Prensas de la Universidad de Zaragoza. Su nonagenario autor, ya retirado a su Murcia natal, sigue dando muestras de buen humor y de su innegable erudición. Ahora bien, el resto de su obra se dedicó a los estudios literarios, y *Los orígenes*, por tanto, deben de leerse tanto con las lentes del crítico como con las del historiador que los compuso.

Gregorio ALONSO

<https://orcid.org/0000-0002-7485-0847>